

EN MEMORIA DEL
DR. D. JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO*



Académico de Número de la Sección de Humanidades, medalla número 42.

En su toma de posesión, celebrada el día 27-01-2016, pronunció el discurso de ingreso: *Intelectuales andaluces en el Madrid del primer tercio del siglo XX*.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=271>

* Sesión en memoria del Dr. D. José Manuel Cuenca Toribio celebrada en la Real Academia de Doctores de España el 11-2-2026. <https://www.rade.es/pagina.php?item=1987>

ALFONSO CUENCA MIRANDA

Doctor en Derecho. Letrado de las Cortes Generales. Director de Comisiones. Congreso de los Diputados

alfonso.cuenca@congreso.es

Sras., Sres. Es un honor para mí poder dirigirme a todos ustedes en nombre de la gens Cuenca Miranda. Y lo hago, lo hacemos, desde la más profunda emoción y agradecimiento por el homenaje brindado a D. José Manuel Cuenca Toribio. El que la Academia haya tenido a bien organizar esta jornada necrológica y, sobre todo, el contenido y el cariño de las palabras que hemos escuchado constituyen sin duda un gran consuelo para quienes desde hace ahora tres meses tratamos de sobrellevar su ausencia. La gratitud se redobla por cuanto que esta Academia, sus hombres y mujeres (Federico Fernández Buján, Antonio Vascones...), ha sido dadora de los que sin duda han sido unos de los momentos más felices de mi padre en sus últimos años. Aún recuerdo la alegría y emoción casi colegial con la que acudía a esta sede los miércoles por la tarde, satisfacción visible aun en mayor grado cuando regresaba a casa entrada la noche. Gracias por haberle permitido disfrutar de vuestro magisterio y, sobre todo, de vuestra amistad.

Aquí se ha dicho todo o casi todo del *cursus honorum* de nuestro padre. Las ciudades académicas en las que fue feliz: Sevilla, Pamplona, Barcelona, Valencia, Córdoba, Madrid. Los maestros de los que aprendió: don Jesús Pabón y Florentino Pérez Embid; sus compañeros en la cátedra, una irrepetible generación de estudiosos de nuestra historia más reciente: Carlos Seco, José María Jover, José Luis Comellas, Luis Miguel Enciso, Manuel Tuñón de Lara, el Padre Manuel Revuelta, José Andrés Gallego, Javier Tusell...

Permítanme que me detenga algo más en los temas que han constituido el objeto de su perspicaz bisturí histórico. En primer lugar (y lo afirmo sin presunción alguna sino reconociendo una realidad) bien puede decirse que José Manuel Cuenca Toribio ha sido, es, el máximo especialista en la historia de las relaciones Iglesia Estado en España (quizás no fue azar del destino el que naciese apenas unas horas después de que en Cónclave se eligiera a Eugenio Pacelli como Sumo Pontífice y que haya fallecido el año en que ha sido elegido otro Papa). Una Iglesia a la que amó profundamente, lo que no impidió que no dejara de glosar sus carencias e incluso errores históricos en su convivencia con la ciudad terrena, particularmente en nuestro país. En un plano más personal, mi padre era, como bien saben muchos de los que me acompañan en esta mesa, Federico Fernández Buján a la cabeza, un católico de una fe sólida y serena, sin alharacas de ningún tipo y sin ser en el otro extremo (sorprendente, en principio, dado su perfil) una fe intelectualizada. El segundo gran campo en donde la aportación del profesor Cuenca Toribio ha de ser necesariamente revisitada por

presentes y futuros historiadores es la historia de Andalucía. Autor de la primera obra individual que abarcara la completa trayectoria histórica de una región a la que desde el extranjero muchas veces se ha “metonimizado” con la completa España (de manera no siempre justa bien es verdad y perdonen de paso el anterior neologismo), obra que obtuviera merecidamente el Premio Nacional de Historia, a él se debe haber colocado a Andalucía en la contemporaneidad historiográfica; no en vano fue el auténtico *deus ex machina* de los tres primeros congresos de historia de la región, inaugurándose dicho ciclo en 1976, en una hora por lo demás decisiva, en la que se incorporara definitivamente al futuro. Volviendo al plano más personal, los que lo conocieron saben que él no era un andaluz prototípico, lo cual pone aún más en valor su profundo amor a su patria chica y, en especial, su perspicaz conocimiento y comprensión de la esencia de una tierra que, con sus virtudes y defectos, llevaba incrustada en su alma. Y todo ello enmarcado en su pasión por España. Recorrió en tren y en autobús (no conducía como sabéis) todos los rincones de nuestra piel de toro. Estudió el pasado y el presente de sus tierras y gentes a las que amó sin reserva mental alguna.

Otros temas de su roturación histórica pueden destacarse: la segunda Guerra Mundial, la Guerra de Independencia española, y, por supuesto, nuestra contienda fratricida. Era un gran conocedor de la historia de los conflictos humanos y de su plasmación bélica. De su mano, bajo su guía, sus cuatro hijos recorrimos desde niños los campos de batalla de Issos, Cannas, Poitiers, Las Navas, Mühlberg, Blenheim, Austerlitz, Galípoli, Kursk..., sin dejar de insistirnos, así nos lo transmitió siempre, en la terrible tragedia que encierra el que los hombres se maten unos a otros, aun en nombre de altos ideales. Otro manantial en la que saciaría su sed de conocimiento fue el de la política y el Parlamento, manantial en el que más modestamente años más tarde he tratado de beber. Sus numerosos y pioneros estudios sobre las élites políticas españolas, la historia de la derecha en nuestro país, Parlamentarismo y antiparlamentarismo, o la oratoria parlamentaria son frutos destacados de su pluma en este ámbito. Y otros muchos temas: intelectualidad, marxismo... Y Francia siempre Francia.

Todo ello con un rigor metodológico que hoy ya no se estila, en una época dominada por Chat GPT, y en general, por lo efímero de trabajos y resultados. Mis hermanos recordamos cómo difícilmente podía atisbársele en su despacho de casa cercado por pilas de libros. Libros que, por inverosímil que puede parecer, se había leído todos ellos, con una capacidad lectora y de asimilación ciertamente asombrosa. Siempre recordaremos a nuestro padre leyendo. Fue su pasión. Como el Maquiavelo de los “Discursos”, se ponía sus mejores trajes y

conversaba con las sombras del pasado. Pero permítanme que les haga una confesión: tengo la sensación de que para él no eran en absoluto sombras, sino un presente continuo eterno. En el Bhagavad Gita, libro sagrado del hinduismo, el auriga (en realidad el dios Krishna) del príncipe guerrero Arjuna, apesadumbrado este ante el horror que desatará la batalla inminente, le señala: no estés triste, “pues nunca ha habido un tiempo en que tú y yo y los reyes aquí reunidos no hayamos existido, y tampoco habrá un tiempo en que hayamos dejado de existir”. Todo es historia y, por lo tanto, todo es presente. Y lo era efectivamente para mi padre. Devoraba memorias, pues para entender la historia ha de entenderse primeramente al hombre. Y así fue siempre mi padre, muy humano en sus análisis históricos, y por tanto muy riguroso al huir de cualquier tentación, por desgracia hoy tan en boga incluso en el campo historiográfico, de presentismo histórico. Así además nos lo inculcó siempre. Ello se conecta con el que creo que fue, que es, otro valor cardinal suyo como persona, irradiado a su obra: la ecuanimidad, la objetividad como obligada línea de salida y de meta en su quehacer. Buscó, y creo que encontró, la verdad, su verdad, alejada de todo extremismo, pero insobornable en cuanto a sus conclusiones, lo que en algunas ocasiones le pudo generar alguna incomprensión por quienes no participaban de ese espíritu.

Los que lo conocisteis sabéis además que le acompañó (y cultivó) una prodigiosa memoria, memoria para nombres, fechas, toponimias... Frente a visiones pretendidamente innovadoras en el campo historiográfico, siempre nos insistió en que las fechas son el cañamazo de la historia, pues solo el conocimiento exacto de Cronos puede explicar a Clío. Y esa portentosa memoria, junto con su profundo conocimiento y familiaridad con lo abordado, también explica otro talento que mi padre trabajó y que muchos habéis presenciado: era capaz de dar conferencias de más de una hora sin un solo papel, sin una sola anotación.

Su estilo, su inconfundible estilo. La lengua de Cervantes era su otra gran pasión, con un dominio de la misma como pocos he visto. Su prosa era precisa y a la vez sugerente, adornada, eso sí, de un barroquismo casi decimonónico y con un denodado empeño (alguno podría decir que obstinación) por evitar la muerte definitiva de determinados vocablos hoy en cuidados intensivos. Con todo, en una época en la que se admiten con cierta premura términos que apenas han gozado de un mínimo de período de gestación, debe valorarse positivamente el empeño citado, por más que ello alejara su obra de los circuitos comerciales al uso.

Por lo demás, nada de lo indicado, así no se cansó de afirmarlo él mismo hasta su último aliento, hubiera sido posible sin la colaboración de Soledad

Miranda. Profesora titular de Historia Contemporánea, experta en la visión del clero en la gran novela española del XIX, ella era quien ponía orden y concierto en los trabajos y los días y trasladaba al mundo real las ideas de su eterno compañero de vida.

Permítanme una parte final si cabe aún más personal. Nuestro padre nos transmitió la pasión por la historia desde casi la cuna. Si en la mesa de los Kennedy el invariable tema de conversación era la política, en la nuestra han sido siempre los hechos del pasado. Aún recuerdo cómo mi padre nos animaba desde muy pequeños a redactar pequeños ensayos históricos que posteriormente revisaba y juzgaba benévola. Tenía una fe ilimitada en sus hijos, que extendió más aun a sus nietos. Y ello siendo un hombre extremadamente serio y riguroso al realizar y al juzgar la labor profesional. Ello se explica por cuanto que mi padre fue un hombre hecho a sí mismo, de orígenes muy modestos (siempre decía que su abuela nunca supo leer), en quien el esfuerzo era un valor supremo. De hecho, lo que más admiro y rememoro era su extraordinaria fuerza de voluntad, portentosa, gigantesca. Precisamente por lo indicado, los que lo conocieron, sobre todo quienes fueron alumnos o discípulos, lo saben perfectamente, a pesar de su exigencia era profundamente humano. Conocía, comprendía y perdonaba las debilidades humanas, pues, rememorado al clásico, nada de lo humano le era ajeno.

Porque mi padre, a pesar de habitar en una auténtica biblioteca-casa (quienes hayan estado en el domicilio de Córdoba así pueden atestiguarlo) no rehuía la vida, se la tragaba. Necesitaba el contacto humano, la comunidad de alma de la amistad, que es el mayor regalo de la vida. Este era para él uno de los templos de esa amistad cultivada en sus últimos años. En estas paredes fue muy feliz, doy fe de ello. Por esa razón, este acto, este homenaje, es para nosotros mucho más que eso. Es hacerlo muy presente en esta avanzada tarde.

Pasado el tiempo del tránsito, los hombres no queremos recordar a los muertos en sus últimos años. Nos guardamos la imagen de su plenitud. Me viene a la mente una foto de un viejo álbum familiar: José Manuel es un joven doctor, más que prometedor, coleccionista de unas becas sin las que no hubiera podido llegar. Es un día de verano en La Rábida; practica el remo y sonríe a la cámara, deslumbrado por un sol alzado ya sobre el Océano. Ahora, hace tres meses que partió al encuentro de su Dios y nos contempla desde su barca con su misma sonrisa de hace 60 años. Se ha fundido definitivamente con su admirada Clío. Parafraseando a un afamado héroe de la Segunda Gran Guerra: “los viejos maestros nunca mueren, sólo se desvanecen...”